

**GUÍA
DEL**

**CLUB DE
LECTURA**



PARA

**MATAR
VAMPIROS**

GRADY HENDRIX

minotauro

GUÍA
DEL CLUB
DE LECTURA PARA
MATAR VAMPIROS

GRADY HENDRIX

minotauro

CAPÍTULO 1

En 1988, George H. W. Bush acababa de ganar las elecciones presidenciales por invitar a todo el mundo a que leyeran sus labios y proclamar que no habría nuevos impuestos, mientras Michael Dukakis las perdía por montarse en un tanque. El doctor Huxtable (Bill Cosby) era el padre de América, *Kate & Allie* eran las madres, *Las Chicas de Oro*, las abuelas, McDonald's había anunciado que estaba a punto de abrir su primer restaurante en la Unión Soviética, todo el mundo se compró el libro *Historia del tiempo* de Stephen Hawking pero no lo leyó, *El fantasma de la Ópera* se estrenó en Broadway y Patricia Campbell se preparó para morir.

Se roció el pelo de laca, se puso los pendientes y se pintó los labios de carmín, pero cuando se miró en el espejo no vio a una ama de casa de treinta y nueve años con dos hijos y un brillante futuro por delante, vio a una persona muerta. A menos que estallara una guerra, les anegaran los océanos, o la Tierra chocara con el Sol, esa noche se celebraría la reunión de la Liga Literaria de Mount Pleasant sin que hubiera podido leer el libro del mes. Y, por si fuera poco, le tocaba exponer sus impresiones frente al grupo, lo que implicaba que, en menos de noventa minutos, tendría que hablar ante una habitación llena de mujeres y conducir el debate sobre un libro que no había leído.

Había intentado leer *Llanto por la tierra amada*, en varias ocasiones, pero cada vez que cogía su ejemplar y leía: «Hay una hermosa carretera que discurre desde Ixopo hasta las colinas», a su hija Korey se le ocurría rodar con su bicicleta más allá del final del muelle porque pensaba que si pedaleaba lo bastante rápido podría deslizarse por el agua, o prendía fuego al pelo de su hermano al tratar de comprobar hasta dónde podía acercarse una cerilla antes de que se quemara, o se pasaba un fin de semana entero diciéndole a todo aquel que llamaba a su casa que su madre no podía ponerse al teléfono porque estaba muerta, algo de lo que Patricia solo se enteró cuando la gente empezó a aparecer ante su puerta trayendo platos de comida para presentar sus condolencias.

Antes de que Patricia pudiera descubrir por qué la carretera que discurría desde Ixopo era tan encantadora, encontraría a su hijo Blue paseando ante las soleadas ventanas del porche en pelota picada, o caería en la cuenta de que la casa estaba tan tranquila porque había olvidado recogerlo en la biblioteca del centro y tenía que saltar a toda prisa a su Volvo y conducir de vuelta por el puente, rezando para que no hubiese sido secuestrado por los Moonies* o hubiese decidido comprobar cuántas pasas podía introducir en su nariz (veinticuatro). Ni siquiera consiguió averiguar el lugar exacto donde se encontraba Ixopo porque su suegra, miss Mary, se trasladó a vivir con ellos en una visita de seis semanas y hubo que adecentar la habitación del garaje, poner toallas limpias y cambiar las sábanas del cuarto de invitados cada día, y miss Mary tenía dificultades para salir sola de la bañera, así que hubo que instalar una de esas barras de sujeción y tuvo que encontrar a alguien que lo hiciera, y los niños necesitaban que alguien se encargara de su colada, y Carter debía tener sus camisas planchadas, y Korey quería unas botas de fútbol nuevas porque todas las chicas de su equipo las llevaban (aunque en realidad no pudieran permitírselas en ese momento), y Blue había decidido ingerir solamente comida blanca de modo

* Miembros de la iglesia de la Unificación. (*N. de la T.*)

que tenía que cocinar arroz para cenar cada noche, y la carretera de Ixopo discurría por las colinas sin ella.

En su día, unirse a la Liga Literaria de Mount Pleasant le había parecido una buena idea. Patricia tuvo claro que necesitaba salir de casa y conocer a gente nueva la noche en que se inclinó sobre el plato del jefe de Carter y trató de cortarle el filete. Apuntarse a un club de lectura tenía sentido, puesto que le gustaba leer, en especial libros de misterio. Carter había sugerido que eso se debía a que Patricia iba por la vida como si el mundo entero fuese un misterio para ella y, en cierto modo, no pudo contradecirlo: *Patricia Campbell y el secreto de preparar tres comidas al día, siete días a la semana, sin perder la chaveta. Patricia Campbell y el caso del niño de cinco años que no paraba de morder a la gente. Patricia Campbell y el misterio de encontrar el tiempo suficiente para leer el periódico cuando tienes dos niños y una suegra viviendo contigo y todo el mundo necesita tener ropa limpia, ser alimentado y la casa necesita que la limpien y alguien tiene que darle al perro sus pastillas antiparasitarias y probablemente deberías lavarte el pelo cada pocos días o tu hija va a empezar a preguntar por qué tu aspecto es el de una vagabunda.* Tras unas discretas consultas, fue invitada a la reunión inaugural de la Liga Literaria de Mount Pleasant en casa de Marjorie Fretwell.

La Liga Literaria de Mount Pleasant escogía las lecturas de cada año siguiendo un proceso de lo más democrático: Marjorie Fretwell invitaba a seleccionar once libros de una lista de trece que ella consideraba apropiada. A continuación, preguntaba si había algún otro libro que alguien quisiera recomendar, algo que todos comprendían no era más que una pregunta retórica, excepto Slick Paley, que parecía sufrir cierta incapacidad crónica para apreciar esas sutilezas sociales.

—Me gustaría proponer *Como corderos al matadero: tus hijos y lo oculto* —indicó Slick—. Con esa nueva tienda de cristales y piedras recién abierta en el bulevar Coleman y Shirley MacLaine en la portada de la revista *Time* hablando de sus vidas pasadas, necesitamos ponernos al día.

—No he oído hablar de él —respondió Marjorie—. De modo que supongo que queda fuera de nuestro propósito de leer los grandes libros de la cultura occidental. ¿Alguien más?

—Pero... —protestó Slick.

—¿Alguien más? —repitió Marjorie.

Eligieron los libros que Marjorie había seleccionado para ellos, asignando cada libro al mes que Marjorie juzgaba mejor, y escogiendo los ponentes que Marjorie consideraba más apropiados. Estos abrirían la reunión realizando una presentación de veinte minutos sobre el libro, su trasfondo y la vida del autor y, a continuación, moderarían la discusión del grupo. El ponente no podía cancelar o cambiar su libro con nadie a riesgo de tener que pagar una fuerte multa porque La Liga Literaria de Mount Pleasant no se andaba con tonterías.

Cuando a Patricia le quedó claro que no iba a poder terminar *Llanto por la tierra amada*, llamó a Marjorie.

—Marjorie —dijo al teléfono mientras tapaba la olla donde había cocido el arroz y apagaba el fuego—. Soy Patricia Campbell. Necesito hablar contigo sobre *Llanto por la tierra amada*.

—Es un libro tan potente —comentó Marjorie.

—Por supuesto —coincidió Patricia.

—Sé que le vas a hacer justicia —añadió Marjorie.

—Haré todo lo que pueda —repuso, comprendiendo que eso era exactamente lo contrario a lo que pretendía decir.

—Y resulta muy oportuno teniendo en cuenta la situación que ahora mismo se vive en Sudáfrica —continuó Marjorie.

Una fría descarga de miedo recorrió a Patricia de pies a cabeza: ¿cuál era la situación actual en Sudáfrica?

Después de colgar, Patricia se maldijo por haber sido tan cobarde y tan estúpida y se prometió acudir a la biblioteca y buscar *Llanto por la tierra amada* en el directorio de literatura mundial, pero tuvo que preparar unos bocadillos para el equipo de fútbol de Korey, y la canguro enfermó de mononucleosis, y a Carter le surgió un repentino viaje a Columbia y tuvo que ayudarle a hacer la maleta, y entonces una culebra apareció en el cuarto de baño del garaje y tuvo que matarla con un rastrillo,

y Blue se bebió un bote de tóxex y hubo que llevarlo al médico para asegurarse de que no moriría (no lo haría). Intentó buscar el nombre de Alan Paton, el autor, en su Enciclopedia Mundial, pero justo les faltaba el volumen de la «P», y tomó nota mental de que necesitaban renovar la enciclopedia.

El timbre de la puerta sonó.

—Mamá —llamó Korey desde el vestíbulo de la planta baja—. ¡La pizza ha llegado!

No podía retrasarlo más. Había llegado el momento de enfrentarse a Marjorie.

Marjorie había preparado unos impresos.

—Estos son solo algunos artículos sobre los sucesos actuales en Sudáfrica, incluyendo los recientes conflictos en Vanderbijlpark —explicó—. Pero creo que Patricia nos a va hacer un buen resumen en su presentación de *Llanto por la tierra amada* de Alan Paton.

Todo el mundo se volvió para mirar a Patricia sentada en el enorme sofá rosa y blanco de Marjorie. Al no estar aún familiarizada con la decoración de la casa de Marjorie, se había puesto un vestido de flores y sentía que lo único que se veía de ella era su cabeza y sus manos flotando en el aire. Deseó poderlas esconder dentro de su vestido y desaparecer completamente. Tenía la sensación de que su alma estuviera abandonando su cuerpo y levitando hacia el techo.

—Pero antes de que empiece —prosiguió Marjorie y todas las cabezas se volvieron para mirarla—, dediquemos un minuto de silencio al señor Alan Paton. Su fallecimiento a principios de año ha sacudido el mundo literario tanto como me ha sacudido a mí.

El cerebro de Patricia empezó a dar vueltas: ¿el autor estaba muerto? ¿Recientemente? No había leído nada al respecto en el periódico. ¿Qué podía decir? ¿Cómo había muerto? ¿Acaso le habían asesinado? ¿Le habrían devorado unos perros salvajes? ¿Habría sufrido un ataque al corazón?

—Amén —dijo Marjorie—. ¿Patricia?

El espíritu de Patricia decidió que aquello era una estupidez y ascendió al más allá, dejándola a merced de las mujeres que la rodeaban. Allí estaba Grace Cavanaugh, que vivía dos puertas más allá de la casa de Patricia, pero con la que solo se había encontrado una vez cuando esta llamó a su puerta y dijo: «Siento molestarte, pero llevas viviendo aquí seis meses y necesito saberlo: ¿es este el aspecto que va a tener siempre tu jardín?».

Slick Paley parpadeó nerviosa, con el rostro astuto y afilado y los pequeños ojos clavados en Patricia y el bolígrafo listo sobre su cuaderno. Louise Gibbes se aclaró la garganta. Cuffy Williams se sonó con suavidad en un clínex. Sadie Funche se inclinó hacia delante y mordisqueó un palito de queso, con sus ojos taladrando a Patricia. La única persona que no la miraba era Kitty Scruggs, quien no apartaba la vista de la botella de vino en el centro de la mesa que nadie se había atrevido a abrir.

—Bueno... —empezó Patricia—. ¿No os ha encantado a todas *Llanto por la tierra amada*?

Sadie, Slick y Cuffy asintieron. Patricia consultó su reloj y comprobó que solo habían transcurrido siete segundos. Pensó que podía dejar pasar el tiempo. Permitió que el silencio se prolongara confiando en que alguien se animaría a decir algo, pero la larga pausa solo impulsó a Marjorie a repetir:

—¿Patricia?

—Es tan triste que Alan Paton haya desaparecido en la flor de su vida antes de poder escribir más novelas como *Llanto por la tierra amada* —observó Patricia, sintiendo como salía al paso, palabra a palabra, alentada por los asentimientos de las otras mujeres—. Porque este libro contiene tantas reflexiones oportunas y relevantes, especialmente tras los terribles sucesos de Vander... Vanderbilt... Sudáfrica.

Los asentimientos se hicieron más contundentes. Patricia sintió que su alma descendía de vuelta a su cuerpo. Continuó adelante.

—Quería contaros todos los detalles sobre la vida de Alan Paton —indicó—, y las razones por las que escribió este li-

bro, pero todos esos hechos no expresan lo poderosa que es esta historia, lo mucho que me ha conmovido, o ese profundo grito de ultraje que sentí al leerlo. Este es un libro que se lee con el corazón, no con la mente. ¿Alguna de vosotras lo ha sentido así?

Los asentimientos se generalizaron en todo el salón.

—Exactamente —aseguró Slick Paley—. Sí.

—Siento una conexión tan fuerte con Sudáfrica —dijo Patricia, y entonces recordó que el marido de Mary Brasington trabajaba en la banca y que el marido de Joanie Wieter hacía algo relacionado con la bolsa y que tal vez tuvieran inversiones allí—. Pero sé que este tema tiene muchas caras y me pregunto si alguna de vosotras querría presentar otro punto de vista. Siguiendo el espíritu del libro del señor Paton, esta debería ser una conversación, no un discurso.

Todo el mundo estaba asintiendo. Su espíritu volvió a asentarse en su cuerpo. Lo había conseguido. Había sobrevivido. Marjorie se aclaró la garganta.

—Patricia —preguntó Marjorie—. ¿Qué opinas sobre lo que dice el libro de Nelson Mandela?

—Es tan inspirador —contestó Patricia—. Simplemente lo domina todo, a pesar de que apenas se le menciona.

—Yo no creo que lo sea —replicó Marjorie, y de pronto Slick Paley dejó de asentir—. ¿Dónde has visto que se le mencione? ¿En qué página?

El espíritu de Patricia comenzó ascender de nuevo hacia la luz. «Adiós —decía—. Adiós, Patricia. Ahí te quedas...»

—¿En su espíritu de libertad? —tanteó—. Esa es la impresión que prevalece en cada página.

—Cuando este libro se escribió —objetó Marjorie—, Nelson Mandela aún era un estudiante de Derecho y un miembro poco relevante del Congreso Nacional Africano. No estoy segura de cómo su espíritu podría estar en el libro, y mucho menos prevalecer en cada página.

Marjorie pareció atravesar el rostro de Patricia con una mirada tan afilada como un punzón de hielo.

—Bueno —carraspeó Patricia, porque ahora estaba muerta y aparentemente la muerte era muy, muy cruda—. Todo en aquello en lo que se iba a convertir. Puede sentirse cómo está germinando. Aquí... En este libro... Que hemos leído.

—Patricia —interrumpió Marjorie—. No has leído el libro, ¿verdad?

El tiempo se detuvo. Nadie se atrevió a moverse. Patricia tuvo ganas de mentir, pero la educación que había recibido la obligaba a comportarse como una señora.

—Una parte solo —contestó.

Marjorie dejó escapar un profundo suspiro que pareció alargarse en el tiempo.

—¿Hasta dónde llegaste? —demandó.

—La primera página —confesó Patricia, y entonces empezó a balbucear—. Lo siento, sé que te he fallado, pero mi canguro enfermó de mononucleosis, y la madre de Carter ha venido a visitarnos, y una culebra apareció por el inodoro, y las cosas se han complicado mucho este mes. Realmente no sé qué decir excepto que lo siento.

La oscuridad invadió los bordes de su visión. Un agudo pitido comenzó a sonar en su oído derecho.

—Bien —declaró Marjorie—. Tú eres la que sale perdiendo al privarte de la que posiblemente sea una de las obras más grandes de la literatura mundial. Y también la que nos ha privado a todas nosotras de tu punto de vista único. Pero lo hecho, hecho está. ¿Quién más quiere liderar el debate?

Sadie Funche se encogió como una tortuga en su vestido de Laura Ashley, Nancy Fox empezó a negar con la cabeza antes de que Marjorie hubiera siquiera completado el final de su frase y Cuffy Williams se quedó paralizada como una presa frente a su depredador.

—¿Alguien ha leído el libro de este mes? —preguntó Marjorie.

Silencio absoluto.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Marjorie—. Todas estuvimos de acuerdo, hace once meses, en leer los grandes li-

bros de la cultura occidental y ahora, menos de un año después, me venís con esto. Estoy profundamente decepcionada con todas vosotras. Pensé que queríais ser mejores, exponeros a pensamientos e ideas más allá de Mount Pleasant. Los hombres siempre dicen: «No es muy inteligente que una chica quiera ir de inteligente», y se ríen de nosotras y piensan que solo nos preocupamos por nuestro peinado. Los únicos libros que nos compran son libros de cocina porque en sus mentes somos tontas, frívolas e ignorantes. Acabáis de demostrar que tienen razón.

Se detuvo para recuperar el aliento. Patricia advirtió unas gotitas de sudor brillando sobre sus cejas. Marjorie continuó:

—Os sugiero encarecidamente que os vayáis a casa y penséis en si queréis uniros al grupo el mes que viene para leer *Jude el oscuro* y...

Grace Cavanaugh se levantó, colgándose el bolso del hombro.

—¿Grace? —preguntó Marjorie—. ¿No te quedas?

—Acabo de recordar que tengo un compromiso —dijo Grace—. Se me había olvidado totalmente.

—En ese caso —replicó Marjorie, cuyo momento había sido dilapidado—, no te entretengo más.

—Ni lo intentes —contestó Grace.

Y tras decir eso, la alta, elegante y prematuramente canosa Grace, salió a toda prisa de la habitación.

Privada de inercia, la reunión se disolvió. Marjorie se retiró a la cocina seguida de una consternada Sadie Funche. Un desanimado grupo de mujeres se demoró alrededor de la mesa de la sala chismorreando brevemente. Patricia permaneció en el sofá hasta que nadie le prestó atención y entonces se escabulló fuera de la casa.

Mientras atravesaba el jardín delantero de Marjorie, oyó un ruido que sonó como «Oye». Se detuvo para buscar de dónde provenía.

—Oye —repitió Kitty Scruggs.

Kitty parecía estar al acecho tras la fila de coches aparcados

en el sendero de entrada de Marjorie, con una nube de humo azul pendiendo sobre su cabeza y un largo y fino cigarrillo entre los dedos. A su lado, Maryellen no sé cuántos también estaba fumando. Kitty hizo un gesto a Patricia con la mano.

Patricia sabía que Maryellen era una yanqui de Massachusetts que se dedicaba a decirle a todo el mundo que era feminista. Y Kitty era una de esas mujeres grandotas que vestía la clase de ropa a la que la gente caritativamente califica como «divertida»: jerséis holgados estampados con huellas dactilares multicolores o una chabacana bisutería de plástico. Patricia sospechaba que verse envuelta con esa clase de mujeres suponía el primer paso de una caída en picado que acabaría con ella llevando una diadema de fieltro con cuernos de reno en Navidad o bien plantada a las puertas de algún centro comercial pidiendo a la gente que firmara alguna petición, así que se acercó a ellas un tanto reticente.

—Me ha gustado lo que has dicho ahí dentro —dijo Kitty.

—Debería haber encontrado tiempo para leer el libro —contestó Patricia.

—¿Por qué? —replicó Kitty—. Era un tostón. Yo no fui capaz de llegar más allá del primer capítulo.

—Tendré que escribirle a Marjorie una nota para disculparme —dijo Patricia.

Maryellen entornó los ojos por el humo y dio una calada a su cigarrillo.

—Marjorie ha recibido lo que merecía —comentó, exhalando.

—Escucha. —Kitty se colocó entre las dos mujeres y la puerta principal de la casa por si Marjorie las estaba observando y podía leerles los labios—. El mes que viene voy a invitar a algunas personas a mi casa a leer un libro y hablar de él. Maryellen también vendrá.

—No creo que pueda encontrar tiempo para pertenecer a dos clubes de lectura —replicó Patricia.

—Confía en mí —contestó Kitty—. Después de lo de hoy, el club de Marjorie está acabado.

—¿Qué libro vais a leer? —preguntó Patricia buscando alguna razón para poder rechazar la invitación.

Kitty hurgó en su mochila vaquera y extrajo un ejemplar barato en rústica de los que venden en los supermercados.

—*Evidencia de amor: una historia real de pasión y muerte en los suburbios* —dijo.

Aquello pilló a Patricia desprevenida. Era uno de esos libros baratos sobre crímenes reales. Pero resultaba evidente que Kitty lo estaba leyendo y no se puede llamar barato al gusto de alguien por los libros, aunque lo sea.

—No estoy segura de que sea mi tipo de libro —contestó.

—Las protagonistas son dos amigas íntimas que se descuartizan la una a la otra con sus hachas —explicó Kitty—. No me digas que no te interesa saber lo que pasó.

—Jude es oscuro por alguna razón —gruñó Maryellen.

—¿Sois solo vosotras dos? —inquirió.

Una voz irrumpió a su espalda.

—Hola a todo el mundo —dijo Slick Paley—. ¿De qué estáis hablando?